PQ 6512
.C75 G3
Copy 1

PQ 6512
.C75 G3
Copy 1

EL COLISEO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMÁTICAS.
DE
J. M. G.

UNA GANGA.

4 REALES.

MADRID.
IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.
1863.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE ESTA GALERIA.

DRAMAS Y COMEDIAS EN TRES O MAS ACTOS.

La Urraca ladrona.
Las consecuencias del juego.
La Huérfana de Ginebra.

PIEZAS EN UN ACTO.

Una ganga.
Un dia de azares.
Una boda á quema-ropa.
Un gallego singular.
El sastre del Campillo.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso, para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

UNA GANGA.

UNA GANGA.

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,

DE

D. EDUARDO CORTÉS.

Representada con gran aplauso en el Teatro de Novedades de esta córte, en el mes de Marzo de 1862.

MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
San Vicente alta, 52.

1862.

PQ6512
.C75G3

PERSONAS.	ACTORES,
DOÑA ROSITA. . . .	Doña Purificacion Guantér.
LUISA.	Doña Gabriela Romeral.
DON JUAN.	Don Ceferino Hernandez.
ANDRÉS.	Don Eduardo Iroba.
ANTONIO.	Don Cárlos Sanchez.
PEPITO, NIÑO, DE 8 AÑOS.	Enrique Garcia.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Manuel Guerrero, Editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada el coliseo, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reimprimirla en España y sus posesiones, ni en los paises con quienes se haga ó celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma Galeria son los esclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

El Editor se reserva el derecho de traduccion y queda hecho el depósito que marca la ley.

199181
13

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada, pero en desórden. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, entrando, foro derecha.

¡Las doce son y á mi ama
aun le parece temprano!
No sé cómo hay cuerpo humano
que esté todavía en cama.
Y gracias que al ama mia,
un marido le ha tocado,
que para ella, ni pintado,
con un candil se hallaria.
El viene de la plazuela
cargado como un borrico:
él dá de almorzar al chico
para mandarlo á la escuela.
él tanto se desatina,

que se levanta á las cinco
y luego almuerza en un brinco,
para irse á la oficina...
En fin, es el mandadero,
el aguador, el criado,
el marido, el empleado,
el papá y el barrendero:
y muchos dirán, al ver
que estoy yo tan descansada...
para qué tienen criada
si todo se lo han de hacer?
Pero quien tal cosa arguya,
no tiene comun sentido,
porque yo aquí no he venido
para ser criada suya...
Yo he venido de doncella...
no sé que seré mañana,
pero no me dá la gana
de hacer las cosas por ella.
Si no quiere trabajar,
que se siente enhorabuena,
porque yo en hacienda ágena
no me tengo que ocupar.

ESCENA II.

DICHA.—DOÑA ROSITA dentro, puerta izquierda.

ROSITA. Luisa? Luisita?
LUISA. Allá van.
Ya se empezó la comedia.
ROSITA. Qué hora es?
LUISA. Las doce y media,
calculo yo que serán.
ROSITA. Pues anda, ven á vestirme.

LUISA. (Que haya un marido tan tonto!)
ROSITA. Vamos, mujer, anda pronto,
mira que vuelvo á dormirme.

ESCENA III.

DON JUAN, saliendo, foro derecha.

Válgame Dios, qué calor!
Temprano el verano llega!
La camisa se me pega
en el cuerpo, de sudor!
Y Rosita? no la veo.
Estará ya levantada,
ó seguirá aún entregada
en los brazos de Morféo?
Dicho y hecho. No era vana
mi sospecha... Qué valor!
Esa mujer, de sudor,
se va á convertir en rana.
Santa Bárbara bendita!
¿Qué delito cometí,
para que me uniese así
con una mujer bonita?
¿Por qué me diste esa... Rosa,
que es una rosa... en belleza,
si no tiene más riqueza
que el ser una niña hermosa?
¿Por qué no me diste, cruel,
en lugar de ese portento,
una mujer... con talento
y más fea que Luzbel?
¿Qué valen las perfecciones,
con que pudo electrizarme,
si no sabe... ni aún pegarme

un boton en los calzones?
¿Qué valen esas sonrisas
que me brinda eternamente,
si la vecina de enfrente
ha de zurcir mis camisas?
¿Qué vale ese Serafin,
con su belleza hechicera,
si ni una triste puntera
sabe echar á un calcetin?
Ay! Si el santo sacramento
pudiera tener enmienda,
lo que es mi hermosa prebenda
mudaba de alojamiento.

ESCENA IV.

DICHO.—DOÑA ROSITA.—LUISA. Esta última se va por el foro derecha.

ROSITA. Adios, esposo galante!
JUAN. Adios... mi dulce embeleso!
ROSITA. Juanito, me das un beso?
JUAN. Mujer, que hay gente delante! (Lo dice por Luisa.)
ROSITA. Por qué te causa rubor
que un hombre bese á su esposa?
Es una accion cariñosa,
que manifiesta el amor.
JUAN. Esa máxima es muy buena.
Yo nunca te lo he negado:
pero cuando está uno... asado,
que amor... ni qué... berengena!
ROSITA. Te vas á enfadar conmigo?
JUAN. No, mujer, si no me enfado:
sinó que estoy ya cansado
de ver que nunca consigo
que seas... una mujer.

ROSITA. Pues cómo quieres que sea?
JUAN. Quiero... que te vuelvas fea.
ROSITA. Pues eso no puede ser.
Mas, pues te causa disgusto
el ver mi fisonomía,
si yo pudiera, lo haria
solo para darte gusto.
Y aunque gran pesar me cuesta,
como de hacerlo no hay medio,
no tienes otro remedio
que conformarte con esta.
JUAN. En el mundo no se vé
otra mujer como tú!
Pero dí, por Belcebú,
no te enfadas?
ROSITA. Yo?... por qué?
JUAN. Loado sea Dios!
ROSITA. Amen.
Qué le hemos de remediar?
Cuando te fuiste á casar
por qué no me viste bien?
JUAN. Demasiado que te ví.
Pero tan ciego me hallaba,
que ni ví lo que miraba.
ROSITA Entonces, cúlpate á tí,
que el hombre que va á casarse
y al casarse, ciego queda,
de lo que luego suceda
debe á sí mismo culparse.
Mas yo sé en lo que consiste:
es que estabas turulato,
y te quedaste cegato
cuando la mano me diste.
JUAN. Yo... cegato!
ROSITA. A no dudar...
te electricé.

JUAN. Y á que viene?...
ROSITA. Confiésalo: que no tiene
nada de particular.
Mas tambien es fuerte empeño
y circunstancia inaudita,
que por ser yo tan bonita
me mires siempre con ceño.
JUAN. Si no es que seas hermosa
lo que me inquieta y disgusta...
es que no encuentro yo justa
esta cadena espantosa!
La mujer, como el reló
debiera ser... que se prueba...
y si no anda bien, se lleva
al mismo á quien se compró.
Si pongo en el cielo el grito...
si reniego de mi afan...
ROSITA. Aquí se cumple el refran...
de gustos no hay nada escrito.
Por una mujer amante
otros rabiarán de gozo...
JUAN. Y yo me echára en el pozo
por no verte un solo instante!
Pero, mujer, ¿no discurres
que con tu calma maldita,
me tienes la sangre frita...
me desesperas... me aburres?
ROSITA. Vamos, cálmate.
JUAN. Reniego!!
ROSITA. Pero, por qué te enfureces?
JUAN. Por qué? Porque muchas veces
quisiera ser sordo y ciego!..
ROSITA. Jesús y qué atrocidad!
JUAN. Pues prefiero ese suplicio,
á no tener el cilicio
de sufrir tu necedad.

ROSITA. Pues, mira, que á castigarte
no vaya por eso el cielo.
JUAN. Mejor! Tendré así el consuelo
de no verte ni escucharte.
En fin, corramos un manto
sobre estas conversaciones.
A dónde están los calzones
que me quité el jueves Santo?
ROSITA. No... sé...
JUAN. La frescura alabo!...
ROSITA. Qué pantalon es, el nuevo?
JUAN. Sí. Me he roto este que llevo
con un maldecido clavo.
ROSITA. Espérate que me acuerde...
Estarán en el cajon?
JUAN. Pues me gusta! un pantalon
de esa manera se pierde?
ROSITA Qué! no! No se habrá perdido.
JUAN. Pero, Señor... dónde están?..
ROSITA. Deja que me acuerde, Juan.
Dónde los habré metido?
JUAN. (Llamando.) Luisa!... Luisa?

ESCENA V.

DICHOS.—LUISA.—Foro derecha.

LUISA. Señor.
JUAN. Ven.
LUISA. Qué tiene usted que mandarme?
JUAN. Haz el favor de buscarme
el pantalon de saten.
LUISA. Voy! (Qué lástima me dá.)
Voy, señor, voy á buscarlos.

ROSITA. Que no vayas á ensuciarlos.
(Esto lo dice muy marcado.)
Aquí en mi alcoba estará.
(Váse Luisa, puerta izquierda.)

ESCENA VI.

DON JUAN.—DOÑA ROSITA.

LUISA. (Desde dentro.) Señora! no los encuentro.
ROSITA. Búscalos con más cuidado.
LUISA. Ya todo lo he registrado.
ROSITA. Pues busca, que están ahí dentro.
(Rosita toma un libro y se pone á leer. D. Juan la mira, se pasea, y canta entre dientes.)
ROSITA. (Leyendo.) El amor! ardiente llama!
LUISA. Señora, ya los he hallado.
ROSITA. En donde estaba guardado?
LUISA. Debajo de vuestra cama.
(Saliendo con un pantalon negro muy lleno de polvo, por la puerta derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS.—LUISA.

JUAN. Dónde has dicho? Vírgen mia!!
ROSITA. Vés cómo no se han perdido?
JUAN. Ya lo veo. . te has lucido!
ROSITA. Pues, ríñeme todavía!
JUAN. Es el mayor de los males...
el tener la mujer esta!
Un pantalon que me cuesta
ciento sesenta reales!
Es para volverse loco!

Cómo me los pongo ahora?..
Mírelo usted bien, señora!

ROSITA. Qué? Que están sucios? Un poco.

JUAN. Luisa, dame ese cepillo.

ROSITA. Se cepillan, y están buenos.

JUAN. Para cuándo son los truenos!!
Si tiene roto un bolsillo!

ROSITA. Pero no te desazones.
A qué vienen esos votos?

JUAN. Si están rotos!!

ROSITA. No están rotos...
Son roidos de los ratones!!

JUAN. Y aquí un boton se ha saltado!

ROSITA. Luisa?.. Cóselos.

JUAN. No!! No !!

LUISA. Como él espere á que yo
se los cosa, ya está aviado. (Váse, foro derecha.)

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DOÑA ROSITA.

JUAN. Y quién no se desespera!
Venga una aguja, ligero!

ROSITA. Mira, allí en el costurero
habrá una...

JUAN. Y que esto muera!!
(Don Juan la mira un momento. Despues corre á tomar los avios, y se sienta á coser. Rosita leyendo.)

ROSITA. Pio! pio! Ya escucho el cantar.
De mi amante es el pio, pio!
Quién es? Yo. Abre, bien mio,
que me voy á constipar!!

JUAN. Qué vida tan hechicera!

Qué delicioso tesoro!
Hé aquí á un hombre, como un toro,
convertido en costurera!
Maldita suerte! maldita!
Primero debiera ahorcarse
aquel que piensa casarse
con una mujer bonita!

ROSITA. Qué bonito es este verso!
«La mujer es una flor,
cuyo aromático olor...»

JUAN. Envenena al universo!!
Hazme el favor de marcharte:
ó de no mirarme... ó irte...
y si quieres divertirte,
diviértete en otra parte.
En oirme te complaces.

ROSITA. Ya me voy. Me voy... estás?

JUAN. Y aunque no vuelvas jamás,
maldita la falta que haces.

ROSITA. Me voy... pero no te ofendas.
Si te ofendes... no me voy.

JUAN. Yo ofenderme? Ba! Si estoy...
como unas carnes-tolendas.

ROSITA. Pues!.. Adios... Adios, Juanito.

JUAN. Adios... mi caro... tormento.

ROSITA. Voy á continuar el cuento
del amante Tortolito.
Oh! cuánta felicidad
goza ese ser!

JUAN. Es casado?

ROSITA. No.

JUAN. Pues no sabe el cuitado
de la misa la mitad.

ROSITA. Adios!

JUAN. Adios... y van ciento!

ROSITA. Adios, adios... dulce esposo.

No me seas desdeñoso.

JUAN. Adios... adios... Qué tormento!

ESCENA IX.

DON JUAN, solo.

No hay un hombre en este mundo
más desgraciado que yo!
Imposible! No se encuentra
en cuanto cobija el sol!
¿Y una *Rosa*... matutina,
como la que Dios me dió,
se encontrará, si se busca
cien años, con un farol?
Se harán luego las mujeres
cruces, cuando digo yo...
que habrá un millar de otra especie,
mas como la mia, no.
Una mujer, que jamás
se le ha visto alzar la voz!
Una mujer, que en ocho años
de continua rebelion
de á tres sermones por dia,
ni una vez se me enfadó!
Una mujer, que me tiene
convertido en un Neron,
cuando tengo más paciencia
que tuvo el paciente Job!
Nada, nada... me mantengo
en mi fiel comparacion.
La mujer que me ha tocado,
es lo mismo que una flor.
Se compra... por un capricho:
se coloca en un jarron,

se huele de cuando en cuando...
y despues... San se acabó!

(Vase, puerta izquierda.)

ESCENA X.

LUISA entrando, foro derecha.

¿Se habrá marchado ya el amo?
Mas me parece que no,
porque yo le hubiera visto
pasar por el corredor.
Qué apurado estaba el pobre
mirando su pantalon,
roto y cubierto de polvo...
y el ama quiso que yo
se los cosiera... ¡ya baja!
que los cosa ella: pues no...
y si no sabe que aprenda,
dice un adagio español.
Del que me dá mucha lástima,
es del bueno del señor...
y si se quiere, tampoco
es digno de compasion.
¿No quieren mujer bonita?
¿No buscan el arrebol
de unos carrillos de rosa,
y la mano de algodon?
Pues que tomen hermosura...
Pero aquí salen .. chiton!

ESCENA XI.

DICHA.—DOÑA ROSITA.—D. JUAN, que salen, puerta izquierda.

JUAN. Ya estoy listo. ¿Qué hora es?
LUISA. Muy cerquita de las dos.
JUAN. Pues me marcho á la oficina,
no me echen un rocion.
ROSITA. Adios, Juan. No vengas tarde.
JUAN. Vendré pronto.
ROSITA. Adios! (Va á abrazarle.)
JUAN. Adios. (Vase corriendo.)
(Luisa se rie y se va con D. Juan, foro derecha.)

ESCENA XII.

DOÑA ROSITA, sola.

Qué bueno es mi marido...
¡Pero caramba!
¡No se merece menos
mi linda cara!
Muchos quisieran
para volverse locos,
una como esta!...
Cuando se pone sério,
me dá una risa
de verle aquella cara
de Jeremías...
¡Pobre Juanito!
Qué poca calma tienes
para marido!
Cuando se casa un hombre,

debe ceñirse,
á querer á su esposa
y á ser humilde...
Y no que aspiran
á ser dueños del campo
y luego trinan.—
Conque la hembra trabaje,
no estoy conforme;
que trabaje el marido,
para eso es hombre.
Y que el trabajo,
se ha hecho solamente
para los machos.
Yo me casé contenta,
porque queria
dormir á pierna suelta
quieta y tranquila.
Pero ya veo
que me engañé en mis miras
de medio á medio.
Dicen que el matrimonio
cuidados presta,
y entonces las personas
más se desvelan...
¡Y qué bien dicen!
entonce es cuando menos
suele dormirse.

ESCENA XIII.

DICHA.—LUISA, que sale, foro derecha.

LUIS. ¿Señora?
ROSITA. ¿Qué quieres, Luisa?
LUIS. Ahí están dos caballeros
que preguntan por el amo.

ROSITA. Dí, que no está.
LUIS. Ya lo he hecho:
pero dicen que entrarán
y lo esperarán.
ROSITA. ¿Qué objeto?
LUIS. Uno me ha dicho que ha sido
compañero de colegio
del amo.
ROSITA. Pues dí que pasen,
y vente en seguida á dentro.
No tardes: voy á arreglarme
un poco el pelo. (Vase, puerta izquierda.)
LUIS. Corriendo (Al foro.)

ESCENA XIV.

LUISA.—D. ANDRÉS y D. ANTONIO. (Foro derecha.)

LUIS. Hagan ustedes el gusto
de esperarse aquí un momento.
que pronto saldrá mi ama.
ANDRÉS. Dí, que prisa no tenemos:
sobre todo, que no somos
personas de cumplimiento.
(Vase Luisa, puerta izquierda.)

ESCENA XV.

D. ANDRÉS.—D. ANTONIO.

ANDRÉS. Por fin; ya estamos, Antonio,
en casa de un buen amigo,
y pues te cogió el demonio
por el santo matrimonio,
veré si mi fin consigo.
Tú te quieres enlazar

con una mujer bonita,
y por eso á mi pesar
te he traido á presenciar
el ejemplo de Rosita.
Verás que mis opiniones
aunque parezcan estrañas,
se fundan en sus razones,
y tus vagas ilusiones
son mentiras y patrañas.
Verás cómo la mujer,
aunque tu desden arrostro,
ante todo ha de tener
hermosura en el saber
y no hermosura en el rostro.

ANTONIO. Bien: tú dirás lo que quieras;
yo me mantengo en mis trece.
Que es posible consideras
á una fea amar de veras
si al demonio se parece?..
Y despues de estar casado,
quién tus desdichas abona,
si en vez de tener al lado
á un ángel almivarado,
te encuentras con una mona?
Si en el conyugal regazo,
henchido de amor te sientes,
y al dirigirla un abrazo,
ella te dá un arañazo
y te rechina los dientes?
Qué valdrá tu esfuerzo vano,
si tras sueño de placer
te despiertas muy ufano,
y te encuentras mano á mano
con tu espantosa mujer?
Si al cruzar por el paseo,
muy galante y muy rendido,

dice una vieja: Qué veo!
No he visto un rostro más feo
en los años que he vivido!
Créeme, Andrés. Las cualidades
que una mujer necesita,
sin que sean necedades,
son, diez y ocho navidades
y sobre todo... bonita.

S. ANDRÉ Pero no precisamente
ha de ser tan horrorosa
que vaya á asustar la gente
y que no tenga ya un diente
de tan vieja y achacosa.

ANTONIO. Entonces tus pareceres
y sermones, á qué son?..

ANDRÉS. A demostrar que tú quieres
la hermosura en las mujeres,
y yo quiero el corazon.

ANTONIO. Y por qué no te has casado?

ANDRÉS. Por lo que tú.

ANTONIO. En mí es justo.
Por no hallarla de mi agrado.

ANDRÉS. Pues yo tampoco he hallado
un corazon á mi gusto.
Pero calla: que aquí está
la Rosita, y pronto acaso
tu opinion se torcerá,
porque ella me servirá
de instrumento para el caso.

ESCENA XVI.

DICHOS.—ROSITA.—LUISA, que se vá foro derecha.

ANDRÉS. A los pies de usted, Rosita.

ANTONIO. Repito...

ROSITA. Tomen asiento.
Y á qué debo esta visita?
ANDRÉS. A verla á usted.
ANTONIO. (Y es bonita.)
ROSITA. Les hice esperar. Lo siento.
ANDRÉS. Yo tambien siento infinito
que se haya usted molestado...
ROSITA. Qué! si yo nunca me irrito.
Pregúnteselo á Juanito,
que él está bien enterado.
ANDRÉS. No lo dudo.
ANTONIO. Es de cajon.
ANDRÉS. Quién sabrá más lo que pasa
dentro de ese corazon?
ROSITA. Ya lo creo... y con razon.
Él es el ama de la casa.
ANTONIO. El ama?...
ANDRÉS. El ama?
ROSITA. Pues no!
ANDRÉS. Yo pensé que era el marido.
ANTONIO. Lo mismo pensaba yo.
ROSITA. Desde que Juan se casó,
en mujer se ha convertido.
ANTONIO. En mujer?
ROSITA. Precisamente.
Y que cuando no está en casa,
nada se encuentra al corriente.
Mi Juan es tan complaciente...
ANDRÉS. Que ya de la raya pasa.
ANTONIO. No lo puedo comprender.
Permítame que me asombre!
Se me hace duro creer,
que el hombre sea la mujer.
y la mujer... es el hombre?
ROSITA. No. Si usted no ha comprendido
lo que quise decir.

ANTONIO. Pues...
ROSITA. Me esplicaré.
ANDRÉS. Aplica el oido.
ROSITA. Mi esposo... es él.
ANTONIO. Y usted es?..
ROSITA. La mujer de mi marido.
ANTONIO. No lo comprendo.
ANDRÉS. En rigor,
esto es casi una charada!
ROSITA. No es charada; no señor.
ANTONIO. El todo?..
ROSITA. Es mi dulce amor.
Yo no me ocupo de nada.
ANDRÉS. Ya.
ROSITA. Por quitarme un que hacer,
el pobre se despepita.
ANTONIO. (Qué alma deberá tener!)
ANDRÉS. (Te empiezas á convencer?)
ANTONIO. (Pero hombre... si es tan bonita!)
ANDRÉS. (Hace de heroismo alarde!)

ESCENA XVII.

DICHOS.—LUISA, que sale foro, derecha.

LUISA. El niño ha venido ya
y quiere comer, que es tarde.
ROSITA. Bien, pues díle que se aguarde
á que venga su papá.
LUISA. (Moviendo la cabeza.) Qué hago?
ROSITA. Lo que he mandado. (Váse LUISA.)
ANDRÉS. No quiere?.. Qué maravilla!
comer de su madre al lado?
ROSITA. Sí; pero está acostumbrado
á comer en su rodilla.
ANTONIO. Pues... eso sí que acredita

la bondad de su marido.

ANDRÉS. Paciencia se necesita.
Antoñillo... qué partido!

ANTONIO. Pero .. hombre, si es tan bonita!

ESCENA XVIII.

DICHOS.—LUISA, que sale foro, derecha.

LUISA. Señora, la lavandera!..

ROSITA. Díle que no está mi esposo.

LUISA. Pues que vuelva cuando quiera. (Váse Luisa.)

ANDRÉS. Calle! Tambien él se entera?..

ROSITA. Bá! si es lo más cuidadoso...
Esa muchacha es tan lerda!
Él con su calma infinita,
no hay miedo que nada pierda.
De todo, todo se acuerda.

ANDRÉS. Qué tal?

ANTONIO. Hombre... sí: es guapita.

ESCENA XIX.

DICHOS.—LUISA, que sale, foro derecha.

LUISA. El aguador ha venido.

ROSITA. Y qué quiere?

LUISA. Sus porfias.
Dice que está convencido
que se le deben seis dias.

ROSITA. Pues... que no está mi marido. (Váse Luisa.)

ANTONIO. Qué dichoso matrimonio!

ROSITA. Él lleva la cuenta escrita...

ANDRÉS. (A mí me lleva el demonio
si estoy aquí más. Antonio,

qué me dices?)

ANTONIO. No es... malita.

ESCENA XX.

DICHOS —LUISA, que sale foro, derecha.

LUISA. El zapatero ha venido
por las botas de don Juan.

ROSITA. Dí que mi esposo ha salido.

LUISA. Es... que el hombre está aburrido.

ROSITA. Bien: pues no sé donde están.
Que vuelva cuando esté en casa
el amo.

ANDRÉS. Ves apuntando.

ROSITA. Mi memoria es tan escasa...

ANDRÉS. (Antoñillo, qué te pasa?)

ANTONIO. No sé que le voy notando.

ESCENA XXI.

DICHOS.—DON JUAN, que sale, foro derecha.

ANDRÉS. Hola, Juan!

JUAN Abur, señores!..
Jesús! Jesús! y qué dia!
Hecho un pato de sudor,
vengo desde la oficina!

ANDRÉS. Ya lo veo! hace un calor...

JUAN. Insufrible! Díme, Luisa,
quién ha venido?

LUISA. Han venido...
El niño por la comida,
el aguador... la tia Pepa
á por la ropa; y queria
el zopenco de Domingo

que le pagára seis dias.

JUAN. Eso no es del caso ahora.
(No reparas que hay visita?)

LUISA. Toma! Pues si ya lo saben.
Cada uno que venia,
yo pasaba, como es justo,
recado á la señorita;
y como no serán sordos,
de todo se enterarian.

JUAN. Y quién te ha mandado entrar
no estando yo?

LUISA. El otro dia
me mandó usted que vinieran
á la hora de la comida.
Les avisé... y han venido
y he dicho á lo que venian.

JUAN. Márchate... porque si nó!..

LUISA. (Vaya un par de banderillas!..)

JUAN. Habiendo aquí gente extraña!..

LUISA. (Por eso entré más aprisa.
Para que sepan la ROSA
que tienes aquí escondida. (Váse, foro derecha.)

ESCENA XXII.

DICHOS, menos LUISA.

ANDRÉS. Qué charlas con la criada?

JUAN. Nada: tontuna... estas chicas
son todas tan... (animales...)
Y á que debo tanta dicha?

ANDRÉS. Tan solo el placer de verte.
Llegamos hace unos dias...
más como Madrid es grande
y abundantes las visitas,
no hemos podido venir

con la prontitud debida.
Pero dije: de hoy no pasa.
Veremos á la Rosita,
que segun pública fama
es una mujer divina...
Y en efecto: así ha pasado.

ROSITA. Gracias... ya yo lo sabia.

JUAN. (La modestia de mi esposa,
es una cosa que admira.)
Y á qué ha sido este viaje?

ANDRÉS. Mi amigo Antonio queria,
por ciertas miras que tiene,
visitar la régia villa,
pava ver si en ella encuentra
la prenda que necesita.

JUAN. Hombre, en Madrid hay de todo.
Hay tiendas muy bien surtidas...
y si es prenda de mujer,
tambien hay buenas modistas.
Si es un relé... una cadena...
un aderezo, ó sortija,
la puede hallar á su gusto;
que hay muy buenas platerías...
Y si es una prenda de hombre...

ANDRÉS. Necesita... una costilla.

JUAN. Una mujer! Dios eterno!
No haga usté esa tontería!
No se case usté, Antoñito...
no se case usté en su vida!
Mire usté, que usté no sabe
lo que son esas malditas!
Pero si tal es su empeño
que nada á cejar le obliga,
no se canse usté en buscarla:
yo le regalo la mia.

ANTONIO. Hombre... no.

JUAN. Sí; con franqueza.
ROSITA. Cuánto la quiere! Qué dicha!...
(Que ha estado leyendo.)
Le enloquece la ternura
de sus frases expresivas.
Cómo me encanta la paz
de esta compacta familia.

ESCENA XXIII.

DICHOS.—LUISA.—PEPITO, que sale, foro derecha.

PEPITO. Que no quiero! Que no quiero!
LUISA. Anda.
JUAN. Qué es eso, Luisa?
LUISA. Que no quiere que le dé
de comer en la cocina.
PEPITO. No me da la gana. Ea!
JUAN. Niño! Qué es eso!! Rosita,
quieres callar á tu hijo?
ROSITA. Cállate, niño.
JUAN. Por vida!
Levántate y vé qué quiere.
ROSITA. Cuando acabe esta letrilla.
Son unos versos tan lindos!
ANDRÉS. (Qué tal, Antonio?)
ANTONIO. (Es divina...
la situacion del pobre hombre.)
JUAN. Levántate, mujer; mira
que ya no hay fuerzas que basten
á sufrir tu sangre fria!
PEPITO. Papá!
JUAN. Qué quieres... pichon?
PEPITO. Que me des tú la comida.
JUAN. Mira, Luisa: tráela pronto
y pónsela en esa silla.

Ustedes dispensarán...
Anda, traésela en seguida.
En la sillita, es verdad?...

PEPITO. Que no; que no: en tus rodillas.

JUAN. Pero... hijo... de mi alma...
no reparas que hay visita?

PEPITO. Que se larguen á la calle.

ANTONIO. (La educacion es magnífica!)

JUAN. Pero, Rosa, no ves esto?

ROSITA. Qué quieres que yo le diga?
Si cuanto más se le dice,
más aperrea y más chilla!

ANDRÉS. (Antonio, qué te parece?
La escenilla es divertida!)

JUAN. (Estoy corriendo un bromazo!)

LUISA. Yo me voy.

JUAN. Mira, Luisa,
tráele la comida, pronto.

ANDRÉS. (Y hay mortal que esto resista!)
(Pepito brinca y salta y trastea.)

JUAN. Y tú, Rosa, vete; vete,
porque tu calma maldita,
me está repudriendo el alma!...
me achicharra... me asesina...
y vas á lograr que estalle
como una bomba!

ROSITA. Qué risa!
Pues ayer dónde comió?...

JUAN. Pero, esos hombres que miran!...

ROSITA. Demasiado se harán cargo
que son cosas de familia.
No es cierto?

ANDRÉS. Cómo?

ROSITA. Que ustedes
no extrañarán?...

JUAN. Qué salida!

ROSITA. Cuántas casas habrán visto
parecidas á la mia...
ANTONIO. Ya lo creo.
ANDRÉS. Quién lo duda?
Habrá tantas parecidas!
(La sangre de esta mujer
debe estar hecha de almivar.)
JUAN. (Buen papel estoy haciendo!)
ROSITA. Yo he tenido una amiguita,
que por no fregar los platos,
los tiraba y los rompia.
ANDRÉS. De manera, que el tendero
tendria con ella una mina?
JUAN. Mujer, vete y no me obligues
á salir de mis casillas!
ROSITA. Pero...
JUAN. Vete... ó no respondo!..
ROSITA. Ave María purísima!
Qué te ha dado?
JUAN. Que te vayas!
ROSITA. Ya te obedezco en seguida.
Si soy lo más complaciente...
ANDRÉS. (Qué mujer más peregrina!
Antonio, hé aqui una muestra
de lo que tú necesitas.
Rosas con tantos encantos,
se suelen hallar muchísimas!)
ANTONIO. (No quiero *Rosas* como esta;
que le temo á las espinas.)
ROSITA. Señores, hasta despues. (Váse, izquierda.)
ANDRÉS. A los piés de usted, Rosita.

ESCENA XXIV.

DON ANDRÉS.—ANTONIO.—PEPITO.

JUAN. Permita Dios, te dé un tifus
que no dures cuatro dias!
(Pepito tira un monton de sillas que habrá estado colocando durante toda la escena anterior, en la que no para un momento.)
Mira, niño, que la masa
no está para hacer rosquillas.
PEPITO. Pues yo quiero jugar: ea!
JUAN. Pues juega con...

ESCENA XXV.

DICHOS.—LUISA, que sale, foro derecha, con servilleta, cubierto y plato con comida.

LUISA. La comida.
PEPITO. Ea! Ea, ya está aquí.
JUAN. Vaya, ven acá, alma mia.
Ustedes me disimulen...
ANDRÉS. Por nosotros no te aflijas.
(Don Juan se sienta, poniéndose la servilleta sobre las rodillas toma el plato, el pan y el cubierto. Coloca á Pepito de rodillas frente á él y le dá de comer. Don Andrés y don Antonio se rien.)
PEPITO. Ay! ay! ay! Que me has quemado!
(Don Juan sopla la cuchara.)
JUAN. Anda, hijo: que ya está fria.
Id ustedes anotando
las conyugales delicias,
(Dá de comer al niño muy deprisa.)
como las varas que toman
los toros en las corridas.
ANDRÉS. Cómo ha de ser, Juan, paciencia!

JUAN. Ay! Mucha se necesita.
PEPITO. No quiero más.
JUAN. Anda, niño.
PEPITO. Que no, ea!
JUAN. Dios te bendiga!
Llevátelo tú allá dentro. (A LUISA.)
PEPITO. Papá!.. (Escapándose de la criada.)
JUAN. Qué quieres, mi vida?...
PEPITO Un cuartito!
JUAN. Para qué?
LUISA. Para comprar chucherías.
PEPITO. Pues yo lo quiero.
JUAN. Bien, toma;
y quítate de mi vista.

ESCENA XXVI.

DON JUAN.—DON ANDRÉS.—DON ANTONIO.

JUAN. Con que amigo, me parece
que la leccion que ha llevado,
tenerla en cuenta merece
el hombre aquel que apetece
mirarse pronto casado.
ROSITA. (Llamando desde dentro.)
Luisa? Luisita?
JUAN. Qué es eso?
ANDRÉS. Tu mujer llamando está.
ANTONIO. Creo que le dió un acceso!..
JUAN. Qué quieres... dulce embeleso?..
ROSITA. Que venga Luisa.
JUAN. Allá vá. (Se dirige al foro y vuelve.)
Voy á ver... (Váse, puerta izquierda.)

ESCENA XXVII.

DON ANDRÉS.—DON ANTONIO.—A poco DON JUAN, que sale puerta izquierda.

ANDRÉS. Y ahora, son vanas
las razones que te he dado?
Todavía tienes ganas?...
JUAN. Que repiquen las campanas,
que mi mujer se ha enfadado!
Me dijo toda llorosa,
compungida y apurada...
Infeliz de aquella Rosa,
que vino á esta tierra odiosa
para verse marchitada!
ANTONIO. Qué lenguaje!
JUAN. Si es poetisa!
Qué se figura usted? Ba!
Con sus versos electriza!
Es una mujer que hechiza!..
en fin á la vista está.
Y pues no es usted casado,
escuche usted un consejo
que se lo doy de buen grado,
pues la experiencia me ha dado
lo que me falta de viejo.
Si la conyugal dulzura
pretende usted disfrutar,
medítelo con cordura
y no busque la hermosura
porque le puede pesar.
ANDRÉS. Créeme, Antonio, sin ser niño.
Y á cuanta hermosa se vé
más blanquita que el armiño,
y que al quitarse el aliño....

se queda... como yo sé?
De modo que yo prefiero,
y por mí lleva la palma,
no el rostro más hechicero,
sino el rostro verdadero.
y espejo fiel de su alma.

JUAN. Bien dicho!

ANTONIO. Estoy convencido.
Vámonos?

ANDRÉS. Sí, ya es razon. (Se disponen á marcharse.)

JUAN. Pero, ahora se me ha ocurrido.
Si una mujer nos ha oido,
nos vá á echar su excomunion.

ANDRÉS. Hombre, no: si en general
yo no culpo á la mujer,
que no las quiero tan mal.
Pero es casi natural
prendarse del parecer:
yo las quiero; pobrecitas!
Como que de ellas naci.
Y si despacio meditas,
verás que hay muchas bonitas,
que valen un Potosí.
Y si acaso alguna de ellas,
escucharon mis razones
y las juzgaron querellas,
yo me postro ante sus huellas
y las pido mil perdones.
Yo adoro vuestros amores...
yo admito vuestro portento...
(Al público.)
Apelo á ustedes, señores,
sean ustedes mediadores
y aplaudan mi pensamiento.

JUAN. (Interrumpiéndole.)
Basta de conversacion...

Yo, que tengo más franqueza...
O aplaudis, con profusion,
ó dejo arriba el telon
y vuelvo á empezar la pieza.

FIN.

Habiendo examinado esta pieza, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—El Censor de Teatros, Antonio Ferrer del Rio.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 865 4

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, Carretas, 9.
Moya y Plaza, Carretas, 8.
Duran, Carrera de San Gerónimo.

La Administracion está situada en la calle de Jacometrezo, número 17, cuarto bajo de la derecha.

PROVINCIAS.

En casa de los Comisionados de esta Galería.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 865 4